

XVI

El belga retrocedió, muy intrigado por la visita de aquellas gentes.

¿Qué iban á hacer aquellas gentes á su cuarto, en la posada, á las diez de la noche, con un aparato que trataba de que apareciese imponente?

—Caballero—comenzó el personaje que iba al frente de los otros, y que era un hombre grueso que vestía pantalón gris claro, chaleco verde y un paletó rojo muy amplio—soy el alcalde de Toury, Román Pichelot.

—Caballero—dijo van Berg con finura—no me sorprende que seais alcalde. ¿Y estos otros señores, quiénes son?

—El señor es juez de paz, y este pequeño y delgado es su secretario. El gendarme representa á la fuerza pública.

—¿Y qué es lo que quiere *la fuerza pública*?  
Román Pichelot no era hombre que se des-

concertara por una respuesta irónica, así es que sin perder la sangre fría, continuó con el aplomo propio de su autoridad municipal:

—Interrogaros.

—¡A estas horas!

—Caballero—observó el juez de paz, tratando de conciliarlo todo—si hemos elegido esta hora, tan intempestiva, es verdad, ha sido por evitar un escándalo.

—¡Un escándalo!—exclamó van Berg, cuyo asombro iba en aumento.

—En interés vuestro.

—¿Pues de que se trata?

—Calma, calma,—replicó el alcalde—vais á saberlo.

Los tres hombres y el gendarme se instalaron cómodamente en las pocas sillas que había en la habitación.

La sangre del belga comenzaba á hervir en sus venas.

—Caballeros—dijo con voz que ahogaba la cólera—este proceder...

El alcalde le interrumpió haciendo un gesto y diciendo:

—¡Calma!

—¡En virtud de qué derecho?...

—Sabemos bien lo que debemos de hacer y lo que vamos á hacer.

—Protesto solemnemente de este atropello.

—Está bien, nadie se opone á que protestéis.

—Pero sepamos, ¿qué es lo que os trae aquí?

—Voy á deciroslo. Nosotros somos las autoridades, los encargados de velar por la seguridad de los habitantes del cantón.

—¿Qué más?

—Venimos á preguntaros qué es lo que hacéis aquí.

—Pasearme.

—¡Ta, ta, ta, ta! Graciosa respuesta. Todo el mundo puede decir lo mismo. Vamos á ver. ¿De qué país sois?

—Soy belga.

—¡Oh, oh! No hay nada que lo pruebe. ¡Hay tantas gentes que dicen que son belgas y no lo son! ¿Vuestra profesión?

—Ingeniero. Pero después de todo, ¿qué os importa todo eso?

—Es posible que nos importe. Ya veremos.

—Yo no altero ni pongo en peligro vuestra seguridad y tranquilidad.

—Por el momento, no. Pero vuestras ídas y venidas son sospechosas. ¡Se os vigila desde que

llegásteis á Toury! ¿Esa condecoración cuya roseta lucís, de dónde es?

—De la América del Sur.

—Lo mismo pudiérais haber dicho que de la China. ¡Si se os creyesen! ¿Y esos cartones que lleváis siempre que salís al campo?

—Son dibujos de paisajes.

—¿Y todos los demás objetos que tenéis, son también para el dibujo de paisajes?

—Claro que lo son; habéis de saber que soy pintor.

—¿Lo véis?—dijo el alcalde con tono excesivamente burlón,—vos mismo os delatáis, porque vuestra tarjeta dice que sois ingeniero.

Los dedos de van Berg se crisparon por la cólera.

—¿Sois ingeniero ó pintor?—preguntó afablemente el juez de paz, un viejecito, que no debía fundar sus juicios en una gran lógica, pero que parecía el hombre más honrado del mundo.

—Soy lo uno y lo otro—contestó van Berg.

—¡Eso es imposible!—contestó el alcalde.

—¿Quisiera saber por qué es imposible el ser ingeniero y pintor á la vez, señor mío?

—¡Eso es lo mismo que si un tonelero pre-

tendiera ser abogado! ¡O se es abogado ó se es tonelero, pero no lo uno y lo otro!

—¡Vuestro razonamiento es el de un idiota!—gritó van Berg exasperado.

—Como gustéis; pero cada uno juzga las cosas á su manera, y lleva su idea en ello.

—¿Y cuál es vuestra idea?

—Es—afirmó el juez de paz en tono grave—que atentáis contra nuestra religión y...

—¿Pero es que las gentes de Toury están locas?—preguntó van Berg.

—Las gentes de Toury, ni están locas ni son unas bestias, caballero—se apresuró á decir el alcalde;—y que no están locas ni son animales, os lo probarán. Puesto que vos no queréis decirlo, ¿queréis que os diga lo que hacéis en el país?

—Tendré mucho gusto en escucharos, porque siento verdadera curiosidad por saber qué es lo que hago en el país, según vos.

—Pues lo que hacéis es espiarnos, caballero.

—¿De veras?

—Estáis pagado por el enemigo para calcular lo que se cosecha entre nosotros, caballero.

—¡Es curioso esto!

—¡Burlaos cuánto queráis, mientras no re-

batáis en otra forma nuestros argumentos!...

—¿Y qué haréis de mí?—dijo van Berg con tono burlón; pero muy molesto en el fondo por aquella estúpida aventura.

—Lo primero que haremos será comunicárselo á las autoridades superiores—respondió el juez de paz.

—¿Y después?

—Es probable que se conformen con conducirnos á la frontera, entre dos gendarmes, de puesto en puesto, á fin de evitar complicaciones diplomáticas.

—¿De puesto en puesto? ¡Eso sería eterno!

—Entretanto—dijo el alcalde con más calor que el juez de paz,—yo tengo vivos deseos de daros pasaporte.

—Pero—objetó van Berg, al cual desarmaba la bestialidad de sus interrogadores—ved esos dibujos, esos bosquejos. Ellos os probarán que soy un pintor y nada más.

A esta invitación, el alcalde y sus acólitos miraron con desconfianza los estudios del artista; pero después de muy contemplados no se dejaron convencer.

—Todo esto—dijo el magistrado con zuecos—no es otra cosa que una argucia para despis-

tar á la justicia y tajarla los ojos. ¿No os parece lo mismo, señor juez de paz?

—Sin duda, sin duda—se apresuró á decir el buen hombre.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que pretendéis?—exclamó van Berg, perdiendo la paciencia.

—¿Que qué es lo que pretendemos?—dijo el juez, intimidado por la sangre fría del sospechoso de espionaje.

—¿Tenéis documentos?—preguntó el alcalde.

—¿Qué documentos queréis?

—¡Pasaportes, algo que identifique vuestra persona.

—¿Acaso es necesario identificarla?

—Todo el mundo tiene el deber de llevar consigo esos documentos.

Van Berg no poseía más que las cartas y el despacho de Isabel. Pero era demasiado caballero para exhibirlos.

Permaneció, pues, callado.

Al cabo de unos instantes de reflexión, replicó:

—Por mi fe que no sé qué deciros ya.

—Mejor sería retenerle en el cepo á la disposición de la superioridad—insinuó el gen-

darme.—Porque... eso de no tener papeles...

—¡A mí!—exclamó el Belga retrocediendo.

—¿Por qué no? A vos—replicó el alcalde.

—¿Sabéis—exclamó van Berg irritado—que me estáis molestando ya con exceso con vuestros espías, vuestros planos y vuestros papeles? ¡Planos! ¿Para qué? ¿Acaso no hay planos de toda Francia, por todas partes, á disposición de todo el que los quiera, ruso ó turco, peruano ó brasileño? ¡En cualquier tienda encuentra uno por diez francos todo vuestro país, representado palmo á palmo! ¡Hace una hora que tengo la paciencia de escucharos, y no parece sino que estoy escuchando á locos!

—¡Caballero—dijo el alcalde con dignidad, —somos las autoridades locales!

—¡Ya me lo habeis repetido hasta la saciedad, buen hombre! ¡Me inspira lástima vuestra localidad! ¡Teneis las ideas más extrambóticas del mundo para velar por ella! ¡Soy ingeniero de profesión y pintor por gusto! ¿Lo entendéis ahora, señor mío?

—¡Música!—respondió el alcalde, á pesar de lo cual iba disminuyendo su aplomo.

—¡Soy belga, y si me molestais daré una queja á la embajada, que os hará entrar en

razón, por muy jueces y muy alcaldes que seais! ¡Voy adonde quiero y hago lo que me parece, cosa que nada os importa y que, nada, absolutamente nada, ¿lo entendéis?... tiene que ver con que seais *las autoridades locales!* ¡Ea!... ¡Buenas noches! Tened la bondad de retiraros.

*Las autoridades locales* se miraron con indecisión.

Van Berg parecía seguro de su derecho y los interlocutores parecían comprender vagamente que estaban á punto de cometer una tontería.

—¿Persistís en asegurar que sois belga?—dijo el juez de paz.

—¡Ya lo creo que insisto!

—Pues bien—dijo el alcalde.—No tardaremos en saber si es cierto.

—¿Cómo lo vais á saber?... ¡Porque será curioso el medio que habréis discurrido para ello!

—He tomado mis precauciones.

—Y ¿cuáles son esas precauciones?—exclamó van Berg, un tanto inquieto.

—He escrito al burgomaestre de Lieja.

—¡A *maitre Fischbach!*!...—murmuró van Berg, aterrado.

—¡Yo no sé cómo se llama ni cual es su profesión!

—¿Se puede saber lo que le habeis escrito?

—¡Hola, hola!... ¡Parece que ya no os mostrais tan altivo, ni tan despreciativo!... La noticia os sobrecoge.

—¡Acabad! ¿Queréis decirme lo que le habeis escrito, ó nó?

—No tengo por qué negaros esa satisfacción. Aquí tengo la copia de la carta. Voy á lóerosla, puesto que parece que os interesa:

«Señor burgomaestre:

»Hay aquí, en Toury-les-Foins, de donde soy alcalde, un individuo que se llama, á juzgar por su tarjeta, Josephin van Berg.

»He aquí sus señas:

»Estatura regular, ojos garzos, bigote rubio, pelo idem y ralo, nariz regular, boca regular, pómulos salientes. Unos cuarenta años, aunque no los representa.

»Señas particulares: ninguna.

»Ese Josephin van Berg, creemos que es un prusiano que ha debido venir aquí por cuenta de su gobierno á levantar planos del pais.

»La tarjeta que ha dado en el hotel de *El*

*Gallo Rojo*, en casa de Lariolle, dice: ingeniero, Lieja.

»Eso no debe ser cierto.

»Pero como conviene al tomar precauciones, tomarlas con acierto, os suplico que me digáis, si es, en efecto, uno de vuestros administrados.

»Viaja con una señora joven, que hace pasar por su mujer, y ha alquilado, en casa de Lariolle (en *El Gallo Rojo*), dos cuartos que se comunican.

»La cosa es sospechosa.

»Os suplico, pues, que me contestéis á la mayor brevedad, diciéndome lo que sepáis acerca del sujeto en cuestión.

»En seguida que haya recibido vuestra contestación, tomaré, en interés de mis administrados, todas las medidas que el buen sentido con que me honro me impone.

»Anticipándoos las gracias, señor mio y digno é importante colega, tengo el gusto de saludaros y de ofrecerme á vuestra disposición, atento y seguro servidor

»ROMÁN PICHELOT

»Alcalde de Toury-les-Foins, condecorado con la medalla del Mérito Agrícola.

»En Toury-les-Foins (Yonne) Francia.»

Van Berg había escuchado la lectura de aquel curioso documento con creciente irritación. Por fin estalló como una bomba.

—¿Y no habéis recibido contestación?

—Todavía no; la estoy esperando.

—¡Bien, pues id á esperarla en vuestra casa y dejadme en paz! Cuanda la hayáis recibido, podéis volver; pero entre tanto, idos, idos de aquí.

Se había apoderado de él el deseo de estrangular á Pichelot, al secretario flacucho y al gendarme.

El alcalde debió comprenderlo así, porque se volvió hacia el juez y le dijo:

—En efecto, podríamos esperar la contestación del burgomaestre. De seguro llegará mañana, y entonces determinaremos.

Los cuatro hombres se precipitaron en su retirada, seguidos por las imprecaciones del belga, que, cuando hubieron desaparecido, se arrojó, loco, desconcertado y nervioso, sobre una silla.

—¡Estúpidos, animales!—decía.—¡No hay nada más peligroso ni más impertinente que un imbécil!

Y repetía:

—¡A *maitre* Fischbach! ¡Al abogado de mi mujer! ¡Todo perdido!...

## XVII

Van Berg se levantó al día siguiente, al salir el sol, que por cierto se mostraba radiante. El belga estaba con ese humor que suele llamarse *aplastante*, sin duda porque inspira deseos de aplastar al primero que se presente ó de hacer pedazos cuanto se halla á mano. No solo no había dormido, sino que ni siquiera había podido cerrar los ojos.

Toda la noche la había pasado absorto en dos pensamientos, triste el uno y alegre el otro.

El triste, en la humillación que sentía ante la idea de que el burgomaestre de Lieja, *sieur Fischbach*, abogado de lengua viperina, se habría frotado las manos lleno de satisfacción al recibir la carta del idiota, majadero, y bestia de alcalde de Toury, que le había dado por tomarle por un espía.

—¿En qué situación se iba á encontrar ante los jueces, él que se había mostrado tan rí-